

—Admirablemente, los dos entramos viento en popa en el mar de la fortuna: Dios nos ayude.

—Sí, con la diferencia que tú eres piloto, cuando menos, y yo no paso de grumete.

—Hágame Dios siquiera vice-almirante que tú no dejarás entonces de mandar cuando menos una fragata.

—Amen.

—Voime, que la noche corre de prisa—dijo D. Fernando calándose su ancho sombrero, y dirigiéndose á la puerta por donde habia entrado.

—Por aquí mejor—dijo Valenzuela mostrándole la puerta escusada—tú eres de la casa y para tí no hay secretos.

Y diciendo esto guió á Valenzuela al través de algunos aposentos, le hizo atravesar otro patio, abrió una puertecilla, y D. Fernando se encontró en la calle que pasaba á la espalda de la casa.

—Dios te guarde—dijo, y embozandose hasta los ojos se alejó precipitadamente.

V.

De cómo la hija del marqués de Rio-florido, se enamoró de D. Fernando de Valenzuela.

 O se hablaba entre las damas de la corte de otra cosa que de un jóven que habia presentado D. José de Mallades, y que se llamaba D. Fernando de Valenzuela.

Poeta, rico, de una figura arrogante, esta era la descripcion compendiada que de él se daba.

Las nitardinas creian ya contarle entre los partidarios del valido, porque muy por lo bajo se susurraba que D. Fernando "servia" á D^a Eujenia.

Las austriacas creian fácil su conquista, porque era el amigo de D. José de Mallades, ardiente partidario del príncipe.

Unas y otras lo calculaban hombre de importancia en política y en amores y unas y otras comenzaron á tenderle sus redes.

Habia entre las damas que seguian el partido del príncipe una jóven de extraordinaria hermosura, D^a Inés, hija del marqués de Rio-florido, que era de oríjen mexicano.

D^a Inés era mujer de unas pasiones terribles: se refería que de niña había querido arrojarse en un torrente, porque sus padres no le cumplieron un capricho infantil.

Jóven, había querido darse la muerte con un puñal, por celos.

Pero en los momentos en que D. Fernando se presentó en la corte, D^a Inés no tenía amante.

Valenzuela se dirigió inmediatamente á D^a Eujenia y procuró que todos conociesen su inclinacion—tales eran las prevenciones del padre Nitardo—y por otra parte D^a. Eujenia era hermosa y gozaba de un valimiento con Su Majestad—así es que poco sacrificio fué para el jóven aparentarle amor; D^a Eujenia por su parte encontró á Valenzuela muy agradable y no le disgustó el papel que la hacian representar.

D^a Inés al conocer á Valenzuela sintió por él una inmensa simpatía, y dijo resueltamente en su interior.

—Este hombre me ha de amar.

Pero á pesar de esto, los dias pasaban y D. Fernando no se fijaba en ella, y sus amores con D^a Eujenia se iban haciendo cada vez más públicos.

Aquel desden exaltaba el amor de D^a Inés, y aquel amor se convirtió en una pasion terrible.

Buscaba las ocasiones de encontrarse con Valenzuela, de hablarle; pero estos encuentros y estas conversaciones se hacian muy difíciles, y D^a Inés no pudo ya contenerse, y determinó aprovechar la primera ocasion para explorar el corazon de D. Fernando, y se le presentó.

Los franceses amenazaban al Bravante, y la reina, por consejo del padre Nitardo, quiso enviarle resfuerzos á aque-

lla provincia, encargando de ellos al príncipe D. Juan, que fué llamado á Madrid para recibir instrucciones.

La llegada del príncipe fué un gran acontecimiento para la corte: sus partidarios y sus enemigos procuraron esmerarse en las demostraciones de aprecio, y por tres dias, la ciudad se puso de gala para recibir y cortejar al digno hijo de Felipe IV, al pacificador de Nápoles y de Cataluña, al generalísimo de los ejércitos españoles.

El marqués de Rio-florido, obsequió al príncipe con un espléndido sarao: *austriacas y nitarquinas* todas concurrieron, y la soberbia morada del rico mejicano era aquella noche el lugar de reunion de lo mas florido de la nobleza de España.

Valenzuela llegó allí con D. Jose de Mallades.

D^a Laura le esperaba, pero D^a Eujenia no se presentó porque había quedado acompañando á la reina.

D^a Inés esperaba con ansia la llegada de Fernando, pareciale que el tiempo volaba y que él no se presentaria; por fin vió entrar y su corazon latió con violencia.

Aquella noche debía decidir de su felicidad.

Valenzuela sabia que D^a Eujenia no asistiría, y por conservar su papel de apasionado, procuró no bailar, y se retiró á una de las estancias mas solas de la casa.

D^a Inés advirtió su ausencia del salon, lo buscó con la vista, y se levantó para recorrer los demás aposentos.

D. Fernando estaba pensativo, sentado en un sitial cuando se le presentó D^a Inés.

—Caballero Valenzuela—dijo la jóven procurando, que la voz no vendiera la emocion de su pecho—estais muy triste á lo que parece, y sentiria en el alma que esta fiesta dada por mi padre, pudiera haberos ocasionado algun disgusto.

—Dios no permita, señora—contestó Valenzuela—que vos lleguéis á creer semejante cosa: digno de monarcas está el sarao y con razon, que reina sois vos, señora, de la belleza y de la gracia.

—Galante sois, y sin embargo, huís la vista de tantas hermosas como se ostentan en el salon.

—Señora, perdonadme el atrevimiento, pero quizá mas entristece, que alegra el alma, la vista de tantas hermosuras, cuando el corazon nos dice que no hay entre todas ellas, un corazon que responda á los latidos del nuestro: entonces, señora, se siente el tormento del ciego que pasea por medio de un jardin.

—Caballero, sois muy injusto en pensar que todas esas bellezas tienen de mármol el corazon.

—No, señora, de mármol no precisamente, pero para mí, señora, como si le tuvieran que estoy seguro que una sola de ellas no ha pensado nunca en este pobre hidalgo de Ronda.

—Tal vez os engañais, D. Fernando Valenzuela.

—¿Lo creéis así, señora?—dijo con viveza Valenzuela.

—Estoy segura—contestó Inés encendida.

Valenzuela encontró á aquella mujer encantadora, y conoció que aquel momento debia aprovecharse.

—Señora—dijo—si ese corazon que ha latido por mí es el de una mujer por quien en secreto he penado, me consideraré el mas feliz de los nacidos.

—¿Y quién es esa mujer?—preguntó con cierta frialdad D^a Inés.

—Señora, ni ella lo sabe, solo Dios, y eso yo no se lo he contado, os lo juro.

—Entonces será indiscrecion el insistir.

—Indiscrecion fuera en otra persona, en vos pluguiera al cielo que lo fuese tambien.

—¿Qué quereis decir?

—Señora, que siendo vos la que yo mas temo que descubra mi secreto, es sin duda al mismo tiempo la que mas deseo que me lo arranque ó que me lo adivine.

—Difícil seria adivinar esa pasion, y alcanzar quién sea tan dichosa dama si entre lenguaje de poeta se oculta su nombre y calidad.

—Señora, la lengua, torpe espresaria lo que las miradas descubren, que los ojos, confidentes son que venden los secretos que el corazon esconde.

—¿Amáis de veras, señor de Valenzuela?

—Con toda el alma.

—Y os habeis declarado con esa dama. . . .

—Hele ya pintado mi pasion.

—¿Y la ha comprendido?

—No sé. . . .

—Pues quién podrá saberlo?

—Vos, señora, vos.

—Yo?

—Vos, que por estar tan alta, no os habeis dignado, ni pensar en el hombre que os adora. Vos que si la fortuna no fuera tan adversa habríais adivinado. . . .

—¿Es decir. . . .?

—Que esa dama de quien os hablaba sois vos.

—¿D. Fernando, os burlais?

—Ah! señora, valiera mas, que el fuego del amor quema mi pecho, y ni una sola esperanza me alienta: ¿quién soy yo, señora, para poseer á vuestra hermosura? ¿quién soy yo? un hidalgo desconocido, sin valimiento, sin mérito: D^a

Inés, perdonad mi atrevimiento, porque conozco que os ofendo solo con pensar en vos.

—Valenzuela, no digáis eso; digno sois, por vuestro corazón y vuestra inteligencia de fijar las miradas en una reina, pero yo no creería nunca en ese amor tan vehementemente....

—¿Y por qué, señora?

—Antes que todo, porque sois poeta, y perdonadme, pero tengo para mí que todas las pasiones de los poetas pasan como esas nubecillas flotantes de que tan á menudo nos hablan en sus versos.

—Cruel sois por demas, señora.

—Pero prescindiendo de eso, público es en la corte que servís con el alma á la encantadora D^a Eujenia, y que ella corresponde vuestro amor.

—D^a Inés....

—¿Podreis negar que la habeis requerido de amores?

—Señora, es cierto, pero oidme; un hombre habia nacido ciego, ciego; jamás habia visto ni los árboles, ni las flores, ni la luz, ni nada, nada señora; oró á Dios, tuvo fé, y una noche Dios abrió sus ojos y vió; la noche estaba hermosa; sobre un cielo purísimo y tachonado de estrellas cruzaba la luna con todo su esplendor, derramando su luz blanca y encantadora. El hombre vió la tierra, y el cielo y las estrellas, y luego la luna, y exclamó: "esto es lo más hermoso de la creacion," y se quedó contemplando arrobado, el astro de la noche. Pero á poco las estrellas fueron palideciendo. El cielo fué tiñéndose de púrpura, las aves cantaron, murmuraron los vientos entre el follaje, exhalaron las flores sus perfumes, la naturaleza toda entonó un himno de alegría, y el sol radiante se alzó de entre las bru-

mas de la mañana; el hombre entonces cayó de rodillas exclamando: "Perdona, ó sol, tu eres el rey de la creacion, y toda luz, ante tu luz, palidece y se eclipsa; no te conocia y por eso no te adoraba."

—Muy bello es eso, señor de Valenzuela, pero quién me asegura que no seré yo la luna de vuestro corazón?

—¿Quién os lo asegura, D^a Inés? vos misma, mostradme no solo en la corte, sino en toda la España, una mujer que pueda competir con vos en hermosura....

—Eso decís todos los poetas, á todas cuantas mujeres os agradan....

—D^a Inés, decid que no soy digno de vuestro amor, y no me atormentéis de ese modo.

—Si yo estuviera cierta de ese amor, seria capaz de amaros.

—Pues en tal caso, puedo deciros que ya me amais, porque yo os adoro.

—Necesito pruebas....

—¿Cuáles exijís? decidme, señora, decidme, que pronto estoy á dáros las; ¿quereis mi vida? hablad y aquí mismo moriré á vuestras plantas.

—No, D. Fernando, yo os diré lo que deseo, y entonces.....

—Pero puedo alentar esperanzas.

—Oh! sí.

—Gracias, D^a Ines; me dais la vida.

—No exijo por ahora mas que dos cosas.

—Mandad.

—Silencio y discrecion.

—Sereis obedecida.

—Adios, entrad al salon; voy á bailar, y quiero veros

allí, pero mirad, los ojos son como me habeis dicho, confidentes que traicionan.

—No temais, seré discreto, ¿pero pensareis en mí, D^a Inés?

—Sí.

—Jurádmelo.

—Pero... os lo juro.

D^a Inés tendió su mano á Valenzuela, que la besó con pasion y luego trémula y emocionada salió lijeramente de la estancia.

Su ausencia se habia prolongado y comenzaban á estrañarla, cuando se presentó.

D. Fernando quedó como espantado de aquella escena.

—Vamos—pensaba—esto está mejor de lo que yo me esperaba, apenas llevo á la corte, y las mujeres se me rinden á discrecion; la alemana, la mexicana, y sepa Dios lo que se me espera; decididamente la fortuna debe venirme por las mujeres, quizá despues me vendrá la desgracia ¡y qué importa! Y lo cierto es, que esta dama tiene razon, no me siento muy capaz de ser constante.... ya veremos.... y D^a Eujenia que me iba ya interesando de veras.... quizá estará pensando en mí.... vamos al salon.

D. Fernando penetró al salon: D^a Inés bailaba, y los ojos de la dama se fijaron ardientes en los de Valenzuela.

Aquella mirada era la rendicion completa de la plaza.

—Esta dama ya no esperará las pruebas de que me hablaba para caer en mis brazos—pensó D. Fernando.

Y se colocó de manera de no perder de vista á D^a Inés.

VI.

En donde se vé, que de todo es capaz una mujer enmorada, y que el amor es un auxiliar poderoso en la política.

scripto

ON José de Mallades habia logrado colocarse cerca de D^a Laura, y hablaba con ella.

—Alma de mi alma—decíala D. José—¿por qué esa nube de tristeza empaña hoy tus miradas?

—Porque mi vida es un tormento—contestó la jóven.

—¿Qué te aflije? no me amas, no conoces cuanto te amo yo? ¿no eres feliz con este amor?

—¡Oh sí! soy feliz, porque me amas y yo te amo, pero no es eso lo que causa mi padecer, no, tú estás comprometido en esa lucha terrible entre el príncipe y el confesor de S. M., y yo tiemblo por tí á cada momento.

—No temas, ángel mio; estoy seguro, y esa lucha no tendrá esos resultados que te espantan.

—¡Ay, amor mio! ó tú te engañas, ó pretendes engañarme para tranquilizar mi corazon, pero yo oigo las conversaciones de S. M. con el padre Nitardo y con D^a Eujenia y dicen cosas que me hacen estremecer.